

THE FORGETFULNESS WE WILL BE

Resumen

El protagonista del siguiente artículo no es un personaje histórico, un artista o el héroe de una novela. El protagonista de este artículo es una obra. Una obra que pertenece al género de la literatura testimonial y que tiene el extraordinario poder de llegar al corazón de los lectores. El personaje principal del relato, *El olvido que seremos* (Abad Faciolince, 2017), escrito por Héctor Abad Faciolince, es el padre del autor, el médico higienista Héctor Abad Gómez, asesinado el 25 de agosto de 1987 por su compromiso civil en la Colombia de los años ochenta. Así que, además del doctor Gómez, la historia de su familia y de Colombia misma se convierte en la protagonista de una obra que, publicada en noviembre de 2005, para final de ese año había sido reimpresa en tres ocasiones, alcanzando más de cuarenta ediciones y más de 200 mil ejemplares vendidos en su país. La historia acaba de llegar al cine: a los quince años de su publicación, *El olvido que seremos* se ha convertido también en una película, dirigida por Fernando Trueba, director y guionista español, y protagonizada por el actor Javier Cámara, ganadora del premio Goya 2021 como mejor película extranjera en lengua española.

Palabras clave

Olvido, Abad Faciolince, Abad Gómez, Colombia, Medellín, Crimen contra la humanidad.

Abstract

The protagonist of the following article is not a historical person, an artist or the hero of a novel. The protagonist of this article is a work. A work that belongs to the genre of testimonial literature and that has the extraordinary power to reach the hearts of readers. The main character of the story, *The forgetfulness that we will be*, written by Héctor Abad Faciolince, is the author's father, the hygienist doctor, Héctor Abad Gómez, assassinated on August 25, 1987, for his civil commitment in Colombia in the eighties. So, in addition to Dr. Gómez, the story of his family and Colombia itself become the protagonists of a work that, published in November 2005, by the end of that year had been reprinted three times, reaching more than forty editions and more than 200 thousand copies sold in his country. The story has just reached the cinema: fifteen years after its publication, *The Forgetful We Will Be* has become a film, directed by Fernando Trueba, spanish director and screenwriter, that with this film, starring the actor Javier Cámara, has won the Goya 2021 award for best foreign film in spanish.

Keywords

Oblivion, Abad Faciolince, Abad Gómez, Colombia, Medellín, Crimes against humanity.

Referencia: Cappabianca A. (2022). *El olvido que seremos*, una historia de amor. *Cultura Latinoamericana*, 35 (1), pp. 24-39. DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2022.35.1.2>

EL OLVIDO QUE SEREMOS, UNA HISTORIA DE AMOR

Alessandra Cappabianca*

Università degli Studi della Campania "Luigi Vanvitelli"

DOI: <http://dx.doi.org/10.14718/CulturaLatinoam.2022.35.1.2>

Introducción

Entre los muchos acontecimientos que abren la década de 1980 del siglo pasado en Colombia, entre ellos, el brutal asesinato de Abad Gómez, destaca la presentación a la opinión pública, por parte del Comité de solidaridad con los presos políticos, del informe de una misión de Amnistía internacional en el país. El trabajo era fruto de una investigación personal y directa realizada por el sociólogo filipino Edmundo García, por el magistrado y jurista español Antonio Carretero y por el médico y psiquiatra canadiense Federico Allodi, investigadores de prestigio internacional y miembros destacados de la organización.

Según se lee en *El Espectador*, tal como era previsible, al gobierno colombiano no le hizo ninguna gracia recibir los resultados de la investigación y las recomendaciones consecuentes. Cuestionando hasta la validez del método investigativo, el Gobierno rechazó el trabajo, por ser realizado –dijo– con el objetivo de desacreditar ante la comunidad internacional a la democracia colombiana. Además, quiso poner en duda la credibilidad de Amnistía internacional, juzgándola “un organismo gaseoso que aparece y desaparece como por arte de magia” (El Espectador, 1980).

La misión de la entidad no gubernamental nacía porque, desde la introducción del Estatuto de seguridad, se habían ido multiplicando documentos y testimonios que denunciaban violaciones de los derechos humanos en el país. A pesar de la actitud despectiva del gobierno, el informe se basaba

* Periodista profesional y doctora en Culturas de las lenguas ibéricas e iberoamericanas por la Universidad de Nápoles “L’Orientale”, es profesora adjunta y experta en el tema en la Universidad de Campania, “Luigi Vanvitelli” y profesora titular en el Instituto Michelangelo Buonarroti de Caserta. Código Orcid 0000-0002-2526-5465 Contacto: ale.cappabianca@gmail.com
El presente artículo es resultado de un proyecto de investigación desarrollado en la Universidad de Campania, “Luigi Vanvitelli”.



en pruebas sólidas: análisis médicos y testimonios de centenas de hombres y mujeres de comunidades distintas, víctimas directas de torturas o que conocían a ciencia cierta y con detalles los acontecimientos violentos que afectaban sobre todo a los más débiles, como sindicalistas, campesinos e indígenas, especialmente en las zonas rurales sometidas al control militar. Según el gobierno colombiano, Amnistía internacional no reconocía la violencia persistente en Colombia, ni la existencia de la oposición armada, pero la verdad era que el estado de sitio perduraba desde hacía diez años, por lo que ya no se podía considerar una medida excepcional. De hecho, se había convertido en el instrumento, por supuesto legal, para justificar las detenciones injustas y la muy utilizada práctica de la tortura, además del encarcelamiento político de civiles sometidos a juicio ante tribunales militares sin derecho a ninguna defensa.

No cabe duda de que la década de 1980 representó una de las épocas en las que la violencia alcanzó su máxima expresión. Perseguidos, torturados y asesinados; los colombianos que no se detuvieron en denunciar violaciones de derechos humanos cometidas por las fuerzas de seguridad junto a los paramilitares—subrayando, además, los estrechos vínculos que había entre ellos—; sufrieron las mismas violaciones. En el medio de tanta oscuridad, hay una luz: a pesar del terror, hubo quien no se detuvo, quien no se rindió, quien siguió luchando con valor para que el mundo se enterara de lo que ocurría en Colombia, y finalmente lo consiguió. En febrero de 1989 tuvo lugar en Ginebra, al inicio de las sesiones de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, una conferencia sobre Colombia, en la cual participaron tanto organizaciones no gubernamentales como funcionarios de gobiernos. Por fin, se rompía el silencio que había acompañado la pérdida de tantas vidas.

La novela

Aunque no parezca de inmediato, es el amor la esencia más profunda de la novela escrita por Héctor Abad Faciolince, *El olvido que seremos*. Un amor profundo y deslumbrante, capaz de llegar a la conciencia de los lectores, ganándose el espacio debido, a pesar de la potencia de los conflictos personales, familiares, religiosos y sobre todo político-sociales que enmarcan una de las muchas épocas de la historia de Colombia, demasiado trágica y sangrienta, los años setenta y ochenta del siglo XX.

Como acabamos de mencionar, son años con enormes contradicciones, durante los cuales la ambigüedad del Estado alcanza su sumo grado, coexistiendo el régimen democrático con el autoritarismo de parte de los



grupos que ejercían la soberanía en diferentes zonas del país. El Gobierno intentaba balancearse, sin mucho éxito, entre medidas antiterroristas y tratativas más o menos infructuosas con los grupos guerrilleros y con los carteles, mientras que una ola de violencia desmedida provocaba el mismo número de víctimas que en un país en guerra, otorgándole a Colombia el triste primado de ser el Estado más violento del mundo.

El autor edita el libro en noviembre de 2005, veinte años después del asesinato de su padre, el médico higienista Héctor Abad Gómez, protagonista e inspirador de una obra que representa, a la vez, el retrato de un hombre, de una familia, de una época y de la historia de un país.

Lo de tardar dos décadas en escribir uno de los libros más exitosos de la literatura colombiana se debe a que han sido necesarios veinte años para que su herida sanara, veinte años para escribir con tranquilidad y equilibrio lo que antes le conmovía demasiado, veinte años para escribir lo que él mismo define “carta a una sombra” (Abad Faciolince, 2017, p. 25).

Durante estas décadas no ha pasado ni un solo día sin que el autor sintiera el deber imprescindible de contar la muerte de su padre y así seguir realizando una de las paradojas más tristes de su vida, dado que “casi todo lo que he escrito lo he escrito para alguien que no puede leerme” (p. 25) y que, además, habría sido su lector más encantado. Dar a conocer su historia sería la mejor forma de venganza.

El título del libro, estructurado en catorce capítulos, es el comienzo de un soneto atribuido a Borges, que Faciolince afirma titularse *Epitafio*¹, que en la misma mañana de su asesinato Héctor Abad Gómez había apuntado en un pedazo de papel y que los familiares encontraron en un bolsillo de su pantalón, junto a una lista de personas amenazadas por la guerrilla.

El papelito copiado de puño y letra por el doctor Adab solo llevaba unos pocos versos, luego grabados en su tumba: “Ya somos el olvido que seremos. El polvo elemental que nos ignora...Ya somos en la tumba las dos fechas del principio y el fin...” y la firma JLB, tal vez el elemento más contundente para inducir a Faciolince a atribuirle este soneto a Borges, aunque no aparezca ni en la *Obra poética* (Borges, 1966) ni en las *Obras completas* (Borges, 1974).

1. El poema, titulado “Aquí. Hoy”, está rodeado por mucho misterio. Casi nadie supo de su existencia por más de veinte años. De hecho, no aparece ni en la *Obra poética* ni en las *Obras completas* del poeta argentino y son muchos los críticos que lo consideran apócrifo, además de la misma viuda de Borges, María Kodama. Fue publicado por primera vez el 29 de noviembre de 1987 en el *Magazín Dominical* de *El Espectador* por el mismo Héctor Abad Faciolince y en esta ocasión él dijo que el autor era Borges. Surgen dudas sobre la atribución del soneto y hasta se insinúa que no había ningún folleto en el bolsillo de su padre. De ahí que Faciolince empezara una investigación que lo llevaría a confirmar la autoría de Borges y a encontrar cinco poemas más, como contara él mismo en un artículo del 31 de agosto de 2009, *Un poema en el bolsillo*, editado en la revista en línea *Letras Libres*.



El libro comienza con una dedicatoria a Alberto Aguirre y a Carlos Gaviria, dos de los mejores amigos de su padre, hoy fallecidos, cuyas tristes historias el autor narra detalladamente en el capítulo *El exilio de los amigos*. Abad los define sobrevivientes, ya que la salvación de ambos se debe únicamente a la decisión de abandonar el país, porque estaban en la lista de los amenazados por la guerrilla y, por lo tanto, probablemente serían las próximas víctimas después de Abad Gómez. De hecho, Gaviria se refugió en Argentina, mientras que Aguirre se estableció en Madrid, donde el autor lo alcanzó el día de Navidad de 1987, tras recibir una llamada de amenaza.

Familia y compromiso social

La primera parte de la obra, *Un niño de la mano de su padre*, inmediatamente lleva el lector a la dimensión sentimental que viven padre e hijo, y que el propio autor define “amor animal” (Abad Faciolince, 2017, p. 14).

En los cinco capítulos siguientes, Abad Faciolince describe una familia feliz, por lo menos hasta la muerte de su hermana Marta, cuenta su infancia junto a sus cinco hermanas, recuerda la relación entre su padre y su madre que estaban profundamente enamorados, a pesar de ser muy diferentes: romántico e idealista él, pragmática y concreta ella.

Sin embargo, la madre creó y gestionó una empresa que acabaría teniendo mucho éxito y lo hizo sobre todo para permitir a su marido llevar a cabo sin mayores preocupaciones las batallas de las que se hacía protagonista. De hecho, fueron muchos los viajes a los que su padre se vio obligado, cuando corría el riesgo de ser destituido de profesor, por los frecuentes conflictos ideológicos con la Universidad de Antioquia, en Medellín.

El autor recuerda que, entre muchas cosas, la ausencia del padre significaba que él se quedaría “a merced del mujererío enfermo de catolicismo” (p. 108), y eso porque la familia materna solía marcar sus ritmos diarios entre misas, oraciones, rosarios, siendo de tradición muy católica, tanto que el tío de su madre, Joaquín, había sido Arzobispo de Medellín.

La Iglesia ocupa un lugar destacado a lo largo de toda la obra. En distintas ocasiones, Faciolince subraya la hipocresía de una institución que miraba hacia otro lado a la hora de denunciar las violencias y las injusticias de la época. En cambio, el clero antioqueño había sido demasiado riguroso con el padre, tachado de comunista. Durante años, al doctor Abad habían dedicados anatemas, artículos periodísticos y charlas radio-



fónicas para condenar su actividad en los barrios pobres de Medellín y en contra de sus denuncias y de su compromiso civil.

Desmintiendo cualquier tópico común sobre la centralidad del papel materno, el autor afirma haber tenido “demasiado padre” (p. 29) en una familia mucho más adelantada y moderna respecto de la época y en la que la relación hombre-mujer aparecía invertida: las mujeres, madres e hijas, llevaban adelante los negocios y la familia, enfrentando los problemas y las necesidades de la vida cotidiana que los hombres de casa, padre e hijo, eran considerados incapaces de gestionar.

No cabe duda de que la relación descrita con tanta ternura a lo largo del relato representa un vínculo especial, fuera de los cánones habituales, por la facilidad con la que padre e hijo manifestaban el recíproco afecto. Eran los años setenta, en la capital de Antioquia, donde hasta la tierra era fría y dura y donde el saludo entre hombres tenía que ser especialmente distante, casi como si no hubiese amor, incluso entre padres e hijos.

La imagen del padre con machete, carriel y ruana coincidía con la dureza del territorio, cuna del orgullo campesino, profundamente machista y conservador. Y, según admite el autor, también la actitud del padre –que le dedicaba al único hijo varón mucho más tiempo y atenciones que a sus hermanas– revelaba un profundo e injusto machismo.

Después de leer *La Carta al padre* de Kafka (1952), Abad Faciolince imaginó que podía ser él mismo el autor de un texto similar y contrario, porque podía escribirlo precisamente al revés: en contraste con el conocido escritor de Praga, el autor se había relacionado con un padre tolerante, que confiaba plenamente en él, hasta al punto de considerarlo un escritor, ya desde cuando apenas hacía garabatos y el suyo no era nada más que un sueño juvenil.

El tipo de relación experimentada por los dos protagonistas recibía bastantes críticas por parte de los mismos familiares que, según la lógica tradicional y la cultura de la época, pensaban que la severidad era indispensable para educar bien a los hijos. Por lo tanto, la familia consideraba al pequeño Héctor un niño demasiado mimado y consentido.

Sin embargo, la idea de educación que tenía el doctor –tal vez por ser hijo de un padre demasiado severo e intolerante, a veces hasta cruel al reflejar perfectamente la cultura paisa– no era contribuir a la inevitable severidad del destino. Según Abad Gómez, ya eran suficientes los dolores de la vida así que el deber de un padre era hacer felices a los hijos para que pudiesen aguantar las dificultades del camino.

Fundiendo ironía y ternura, en los capítulos dedicados a su niñez, Abad Faciolince cuenta de su primera disputa teológica: él, niño muy



pequeño, tuvo que elegir entre su padre y Dios. Por supuesto eligió al primero. Un día, la monja Josefa, que cuidaba a Quiquin –así se le apodaba al pequeño Abad– y a Sol, su hermana menor, les dijo que el padre se iría al infierno porque estaba lejos de Dios. El padre era ateo, aunque muy respetuoso de la fe de su esposa, hasta el punto que animaba a su hijo a que fuera a misa o a rezar con su mamá para no decepcionarla, pero recordándole que eran todas mentiras. ¿Y yo? Preguntó el niño. Su hermanita y él, le explicó la monja, se irían al paraíso por rezar junto a ella cada noche.

Después de estar todo el día imaginándose a sí mismo asomado a una nube, mirando al padre quemándose entre las llamas del infierno, el pequeño Héctor se negó a rezar, para acompañar a su papá al infierno.

La identificación de la figura paterna se va consolidando progresivamente a lo largo de la narración, a través de experiencias personales que, después del primer capítulo, ya se entrelazan con la experiencia colectiva. Sin embargo, la narración evoluciona a través de una más neta contextualización relativamente al escenario histórico-político en el que se inserta el relato.

Ya en el segundo capítulo, titulado *Un médico contra el dolor y el fanatismo*, el autor recuerda cuando el doctor estadounidense, Richard Saunders, junto con su padre, importó en Colombia un programa llamado “Future for the children”, experimentado en otros países de África y América Latina, y comprometido con la protección y el futuro de las generaciones jóvenes.

El doctor Abad intentaba aplicarlo en los barrios más degradados de Medellín, a donde muy a menudo se iba por su cuenta, generando especial desaprobación por parte del clero. El agua potable era su prioridad ya que era frecuente la muerte de niños por diarrea y malnutrición. Muchas veces el doctor se llevaba a su hijo para enseñarle a esa gente cuál era el crecimiento normal de un niño y para que pudiera darse cuenta de que los pequeños del barrio eran demasiado flacos y bajitos. Su intento no era humillar a los padres, su esperanza era dar lugar a una reacción contra esta injusticia. A la malnutrición se añadía la dramática carencia de las más elementales normas higiénicas, que pronto representaron otra prioridad sobre la que intervenir.

Ya en los años cuarenta, como estudiante de medicina el doctor Abad había emprendido una campaña de salud pública a través de un periódico estudiantil que él mismo había fundado en 1945 y dirigido por unos meses, en el que denunció muchas veces la contaminación del agua y de la leche en la ciudad. El detonador de su lucha fue la muerte de uno de sus compañeros de universidad, como consecuencia de la fiebre. Luego,



el suplicio de muchos niños lo orientó hacia la medicina social. Vivió su vida en nombre de un principio de justicia en el que siempre creería, más aún después de la muerte de su hija Marta, que falleció por un melanoma a los dieciséis años.

En realidad, con el tiempo y la madurez, el autor se dio cuenta de que la condición de padre que sobrevive a su hija más querida hacía extremadamente lábil el límite entre el fortalecimiento de sus ideales de justicia y la pérdida de valor de su vida.

Quando uno lleva por dentro una tristeza sin límites, morir se ya no es grave. Aunque uno no se quiera suicidar o no sea capaz de levantar la mano contra sí mismo, la opción de hacerse matar por otro, y por una causa justa, se vuelve más atractiva o de todas formas menos espantosa si se ha perdido la alegría de vivir. (Abad Faciolince, 2017, p. 209)

Con Marta, el doctor Abad había perdido la alegría de vivir y, peor aún, el miedo a morir.

Que le mataran por lo que hacía sería una muerte hermosa: esto es lo que contestaba el doctor cuando algún amigo o familiar decía que se estaba exponiendo demasiado, denunciando torturas, secuestros, asesinatos, detenciones injustas, muchas causas desesperadas, a lo que se dedicó en los últimos años de su vida, junto con el rosal en la finca de Rionegro, después de la jubilación forzada por parte de la Universidad de Antioquia.

El autor cuenta que, tras la muerte de Marta, en calidad de presidente de la Asociación de Profesores, su padre dirigió una huelga contra al rector reaccionario Luis Fernando Duque, su antiguo alumno. Esto ocurrió en el año '73 cuando, en un enfrentamiento entre estudiantes y ejército, que había ocupado la ciudad universitaria por orden del rector, mataron a un estudiante. Todo esto provocó una violenta revuelta: los jóvenes, furiosos, cargaron al cadáver del chico y luego lo dejaron en el escritorio del rector, incendiando la sede administrativa de la Universidad. A los pocos meses de este episodio, Abad le sucedió a Carlos Gaviria en la presidencia de la Asociación y afrontaron el problema del nuevo estatuto, que otorgaba al decano y al rector el derecho de destituir a los profesores no deseados; de ahí que la libertad de enseñanza resultara gravemente afectada, mientras el Ateneo seguía ocupado por los militares. Fue una larga lucha: hacia el final del gobierno de Misael Pastrana, más de doscientos profesores fueron destituidos. Este momento coincide con la elección del presidente liberal López Michelsen, con quien el doctor Abad había compartido una experiencia de



militancia juvenil en el “Movimiento Revolucionario Liberal”. El rector fue relevado de su encargo y los profesores fueron reincorporados a la Universidad.

Lo peor no había terminado todavía: en el capítulo *Derecho y humano* el autor cuenta que, en 1982, al cumplirse los sesenta años, el doctor Abad recibió una carta de jubilación de la Universidad de Antioquia. La circunstancia –que provocó muchas protestas por parte de los estudiantes– fue para él extremadamente dolorosa.

Decidió así invertir con mayor intensidad sus energías en la lucha por los derechos humanos, colaborando en el programa de radio, “Pensando en alta voz” y escribiendo artículos periodísticos. En su última entrevista, a los pocos días antes de ser asesinado, había declarado que no quería perder su espíritu rebelde, ya que nada y nadie lo habían doblado nunca.

De hecho, ya abuelo, emprendió su última batalla como médico, pero lo hizo fuera de los contextos institucionales: el doctor Abad reflexionaba que cíclicamente se presentaban fenómenos de violencia en Colombia que acabaron por representar la causa de muerte más usual en el país.

Era la misma violencia² que había provocado la guerra civil de sus abuelos y la muerte de sus compañeros de estudio, una hecatombe de doscientos mil muertos, que empezó a mediados del siglo pasado y de la que se tomó conciencia sólo en 1962, año en que apareció el primer trabajo que dio al tema su dimensión nacional y que inauguró la conceptualización de la violencia como objeto de estudio de las ciencias sociales³, en el ambiente del Frente Nacional⁴.

2. En Colombia, las guerrillas de los años cincuenta surgen al principio como una forma de organización forzada para afrontar el terror y no como parte de un proyecto político-insurreccional para la toma del poder, del Estado o del gobierno. Cuando pensamos en el comienzo de una guerra, pensamos en una declaración formal y solemne. En cambio, la violencia no tiene un comienzo preciso y claramente identificable; de hecho, cuando se toma conciencia de ella, ya está instalada en todos los contornos de la sociedad. La violencia del período “clásico” fue representada por los artistas de la época como un monstruo de mil cabezas: de hecho, fue una guerra total, tanto entre las clases dominantes, como entre éstas y el movimiento popular, convirtiéndose incluso, en ciertos períodos y regiones, en vandalismo y bandidismo.

3. El primer libro fue el clásico *La violencia en Colombia* (1962) de Germán Guzmán, Eduardo Umaña Luna y Orlando Fals Borda, luego *Violencia, conflicto y política en Colombia* (1978) de Paul Oquist, que intentaba buscar una explicación global del estallido, con fundamento en su conocida tesis del “derrumbe parcial del Estado”. Transcurrido un tiempo bastante largo, aparece *Orden y violencia* (1987) de Daniel Pécaut, cuya edición en lengua española se publica simultáneamente con el diagnóstico nacional de Comisión de estudios sobre violencia, Colombia: violencia y democracia, (1987) promovido y realizado por el Instituto de estudios políticos y relaciones internacionales, la Universidad nacional de Colombia y Colciencias.

4. El *Frente Nacional* empezó a crearse poco antes de que el general Gustavo Rojas Pinilla presentara su renuncia al cargo de presidente de la República. Una vez acontecido esto, el poder del Estado quedó en manos de la Junta militar, nombre que se le dio al grupo de generales que se comprometieron a gobernar hasta el 7 de agosto de 1958, fecha en que culminaba el período de gobierno del general Rojas (Ayala Diago, 1989).



El doctor Abad comparaba la violencia a una epidemia. Ya en 1962, en ocasión del primer Congreso colombiano sobre la salud pública, insistía en la necesidad de estudiar científicamente los factores desencadenantes de la violencia: proponía que se analizaran los antecedentes personales y familiares de los violentos, su integración social, sus mecanismos mentales, así como sus actitudes con respecto a temas particularmente delicados, como el sexo y el machismo.

Consideraba fundamental que se hiciera un examen estadístico de los violentos, comparándolos con grupos de no violentos. El doctor detectaba el progresivo crecimiento de la nueva epidemia que, en el año de su muerte, causó un gran número de víctimas y que –tal y como se ha aclarado a lo largo de los años– era también violencia de Estado. El ejército, apoyado en concreto por escuadrones paramilitares, había puesto en práctica un verdadero exterminio contra los opositores políticos de izquierda, para salvar el país de la amenaza comunista. A las universidades públicas se le juzgaba de peligrosas, por ser consideradas cuna de insubordinación; en la de Antioquia fueron asesinados seis estudiantes y dos profesores y todos estos acontecimientos ocurrían en la indiferencia de la opinión pública.

En cambio, el doctor Abad continuaba su lucha contra un Estado que veía un subversivo en cada libre pensador, un peligroso comunista en cada progresista (Abad Faciolince, 2017, pp. 241 y ss.).

Con la fuerza típica de un joven, aunque era muy mayor, regular y obstinadamente continuó denunciando cada masacre, cada secuestro, cada desaparición y cada tortura hasta el 25 de agosto de 1987, día en que fue asesinado.

La ausencia de conciencia civil de la época es uno de los elementos más tristes que forma el trasfondo de toda la obra. El maestro Bertold Brecht le hace decir a Galileo que es desgraciado el país que necesita héroes (Brecht, 1939). Colombia ha tenido demasiados héroes y, por si fuera poco, ha tenido mártires: esto nos entrega la medida de su desgracia. El doctor Abad era un hombre mucho más adelantado que su país, y sólo podía contar con el apoyo de unos intelectuales que compartían sus mismas preocupaciones, sus mismos valores y su mismo coraje.

Moderno Don Quijote, él luchaba para que todo el mundo se diera cuenta de la realidad en la que vivía, para que los colombianos dejaran de ser ciegos, para que tomaran conciencia de las profundas injusticias de las que eran víctimas, para enseñarles que había alternativas y que su forma de vivir no era la única posible.



El asesinato

La mañana del 25 agosto de 1987 –recuerda el autor en el capítulo *Dos entierros* (Abad Faciolince, 2017, p. 199)– había sido asesinado el abogado Luis Fernando Vélez, presidente del sindicato de profesores.

En un primer momento, el cuerpo de Vélez había sido llevado a la sede del sindicato. Los asesinos enviaron a una mujer a la oficina del doctor Abad para decirle que los profesores lo esperaban para pronunciar un discurso durante el velorio.

Ambos, seguidos por un estudiante, Leonardo Betancur, salieron rápidamente. Al llegar a la puerta de la Asociación de los Instructores de Antioquia, Abad descubrió que el cuerpo de Vélez ya no estaba y que la mujer había desaparecido.

Uno de los testigos vio pasar a dos jóvenes en una moto. El doctor Abad fue golpeado en la acera entre la gente que quedaba en la puerta, mientras uno de los sicarios siguió su discípulo en la sede del sindicato y allí lo mató. El autor recuerda que en ese momento tenía ventiocho años, que acababa de volver de Turín con su mujer y su hija Daniela, y que fue el primero de la familia en darse cuenta de lo que estaba pasando, cuando un amigo lo llamó para asegurarse de que estuviera bien: se susurraba, de hecho, que habían matado a Héctor Abad. Avisó a su madre y ambos corrieron hacia el lugar donde estaba indicado el cadáver, un cuerpo cubierto por una sábana ensangrentada, pero los zapatos negros les negaron toda esperanza.

Cabe recordar que, en 2014, los asesinatos de Héctor Abad Gómez y del abogado Luis Fernando Vélez fueron reconocidos como delitos de lesa humanidad, cuyos procesos nunca estarían sometidos a caducidad. De conformidad con el artículo 7 del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, dedicado precisamente a los “Delitos contra la Humanidad”, la magistratura confirmó que los asesinatos de los activistas pertenecían a los ataques generalizados repetidos sistemáticamente contra los defensores de los derechos humanos, cometidos en Antioquia por facciones paramilitares guiadas por Fidel Castaño Gil.

Además de la cuidadosa evaluación jurídica recién expuesta, la magistratura consideró nuevos testimonios que permitieron reabrir el caso: entre estos, las revelaciones del narcotraficante –y exjefe paramilitar conocido como Don Berna–, que en febrero de 2012, desde una cárcel de Estados Unidos, señaló a Carlos Castaño como el mandante del asesinato del médico, considerado culpable por el apoyo al Ejército Popular de Liberación en la ciudad de Medellín, pero sobre todo porque sus denuncias, en defensa de los derechos humanos, afectaban a sectores de las fuerzas armadas (El Espectador, 2012).



Efectivamente, en decenas de artículos Abad Gómez denunciaba las atrocidades cometidas contra ciudadanos indefensos, a menudo revelando la identidad de los autores, funcionarios del Estado y miembros de las fuerzas del orden público.

Como literatura testimonial. Conclusiones

En el capítulo *Cómo se viene la muerte*, el autor comenta algunas *Colpas por la muerte de su padre* de Jorge Manrique de finales del siglo XV, que el doctor Abad tenía la costumbre de recitar durante sus paseos en el campo. Destacando la serenidad con la que los familiares acogen la muerte del maestro Rodrigo Manrique, el autor reconoce el fallecimiento por vejez como el único que pueda ser aceptado con resignación y paz por los que han querido al difunto. Su padre ya no era joven, había tenido y seguía teniendo una vida plena e intensa. Todo el mundo sabía que estaba dispuesto a morir por sus ideales; aun así, a la atrocidad de su muerte violenta se acompaña un dolor inmenso e inaceptable, un dolor que es personal y, al mismo tiempo, colectivo.

La doble cara de este dolor nos lleva a considerar esta novela como literatura testimonial, más bien como literatura autobiográfica testimonial.

En realidades complejas como las latinoamericanas, el papel de la literatura testimonial es a menudo central ya que, a través de la narración de historias individuales, es posible reconstruir un drama colectivo, invirtiendo la esfera sicoemocional que la historiografía oficial no llega a canalizar. En el caso de Colombia, nos referimos a un país en donde nunca se ha instaurado una dictadura tal como ha ocurrido en España o en otros países sudamericanos. Incluso, podemos hablar de cierta estabilidad institucional. De hecho, a partir de 1958 se han realizado elecciones periódicas, a través de las cuales, además del presidente de la República, han sido renovados todos los cargos de representación política a nivel local, regional y nacional.

A pesar de esto, como sabemos, desde la década de los sesenta, ha habido una guerra 'irregular' que ha involucrado al Estado, a guerrilleros y paramilitares de diferentes orientaciones ideológicas. A medida que haya avanzado este conflicto, hemos visto un creciente ejercicio autoritario del poder por parte de diversos grupos que aplicaban distintas formas de soberanía sobre el territorio nacional. Sin embargo, desde la mitad del siglo pasado, generaciones enteras han vivido sin tener un día de paz. En la actualidad, a pesar de los acuerdos firmados entre Gobierno y fuerzas armadas, la paz sigue siendo el eje del debate político. No podría ser de otra



manera: Colombia es un país en el que las víctimas y sus familiares no han obtenido justicia, un país partido entre quien, agotado por la guerrilla, ha deseado la paz a toda costa para poder seguir adelante, y quien no quiere olvidar, porque olvidar sería negar justicia a las víctimas y quedarse con los fantasmas de un pasado que nunca daría paso al futuro.

El proceso de olvido es uno de los elementos de mayor contraposición entre Colombia y los demás países que han vivido experiencias dictatoriales y de terrorismo. Según subraya el académico Gonzalo Sánchez, en este país el olvido “se ha planteado como necesidad recurrente para las memorias subordinadas, para las acciones de los rebeldes derrotados militar y políticamente”. En cambio, en los países salidos de las dictaduras, al olvido y a la impunidad para las atrocidades del poder se les considera imposibles (Sánchez, 2006, p. 82). Desde este punto de vista, las características de las guerras y su relación con la memoria le otorgan cierta especificidad a la literatura testimonial colombiana.

El género de literatura testimonial se inicia en 1957 con la publicación de *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh. La obra, basada en las entrevistas con los sobrevivientes, sus familias y las autoridades del gobierno, contaba el masacre conocido como «fusilamientos de José León Suárez», cometido en Argentina durante la *Revolución Libertadora*. Posteriormente, este género se difunde incluyendo la novela. *A sangre fría* de Truman Capote (1967) sigue siendo considerada la primera del género.

Como sabemos, la historia colombiana destaca por la cronicidad del conflicto, lo cual genera una gran cantidad de memorias asociadas a hechos sangrientos, desde la primera Violencia de los años cuarenta a los cincuenta, predecesora de las que vendrían luego, que ha sido muy estudiada por politólogos, “violentólogos”, antropólogos e historiadores nacionales y extranjeros. Inclusive el vocabulario relativo a esa etapa de la historia nacional ha sido objeto de muchos análisis, distinguiendo algunos especialistas las guerrillas propiamente dichas de la violencia en general. Como ya hemos visto, antes de 1962, año en que apareció el primer trabajo que dio al tema su dimensión nacional y que inició la conceptualización de la violencia como objeto de estudio de las ciencias sociales, en el ambiente del Frente Nacional es como si se hubiera sellado un pacto de silencio, como si las profundas heridas dejadas en el alma de las generaciones que nacieron en medio del conflicto se curaran con no hablar de una tragedia que nunca cesaría.

Apareciendo nuevas formas de violencia, como el narcotráfico y el paramilitarismo, entre otros, en la década de los noventa crece la publicación de libros sobre estas nuevas realidades que siguen estimulando mucho interés tanto en las editoriales como en los lectores. Sin embargo,



podemos ver reflejado este fenómeno en las muchísimas series, en las principales plataforma TV, protagonizadas por los más poderosos y peligrosos narcotraficantes colombianos o mexicanos.

Noticia de un secuestro (1996) de García Márquez es la obra símbolo de una época, en la que los hechos de sangre eran contados por periodistas, escritores o intelectuales. El mismo García Márquez nos dice, en el prólogo de su obra, que fue la víctima del secuestro, Maruja Pachón y su esposo, Alberto Villamizar, los que le propusieron escribir el relato. En este período, la disociación entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación es muy generalizada (Suárez Gómez, 2011).

En el mundo editorial globalizado del siglo XXI, los libros testimoniales, novela testimonio y de testimonio directo se conocen como *instant books* o libros de ocasión, por cercanía temporal con los hechos narrados. Casi siempre, los autores de este género son militares, policías y políticos que han vivido la experiencia del secuestro y luego del rescate en operaciones de las fuerzas militares, o de la liberación por la guerrilla o de la fuga de la selva (*Ibid.*).

Sin embargo, la obra de Abad Faciolince llega mucho más allá de los contornos mencionados, que además no pretenden ser exhaustivos.

El olvido que seremos es ciertamente un libro autobiográfico; la fuerza extraordinaria y la unicidad del vínculo entre padre e hijo no debilita, sino que acrece el valor de la obra, situándola de pleno derecho en el género de literatura testimonial. Por lo demás, según el autor, el suyo es el intento:

De dejar un testimonio al mismo tiempo inútil y necesario. Inútil porque el tiempo no se devuelve ni los hechos se modifican, pero necesario al menos para mí, porque mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que tengo que escribir y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora. (Abad Faciolince, 2017, p. 274)

Sobre ese tema cabe recordar a Tzvetan Todorov, especialmente a sus ideas sobre la utilidad de la memoria y la distinción entre memoria literal y ejemplar. Según el conocido intelectual, ningún automatismo vincula la exigencia de recuperar el pasado y el uso que se hará de él. Además de prolongar la memoria de su padre más allá de los que lo conocieron y amaron, Abad Faciolince ha cumplido con lo que Todorov define un deber, un deber que une a los individuos que han vivido circunstancias excepcionales o trágicas: el de compartir su experiencia, el de testimoniar, para que el acontecimiento pueda ser interpretado tanto de forma literal como de forma ejemplar. Este proceso tiene una cara doble: por



una parte, como en un trabajo de psicoanálisis, es una forma de vivir una y otra vez el dolor causado por el recuerdo hasta neutralizarlo –en el caso de Faciolince, esto ha requerido veinte años, tan profunda era la herida–; por otra parte, compartiendo el recuerdo, se abre la puerta a la analogía y a la generalización, construyendo un *exemplum* y sacando una lección (Todorov, 2013, p. 22).

Sin embargo, “el uso ejemplar permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro” (p. 22).

De hecho, Abad Faciolince no sólo pretende destacar lo inevitable del destino, sino también el vínculo de fraternidad que une a todos los hombres. Su deseo era despertar, a través de este relato, las memorias más profundas, para que los lectores reconocieran sus recuerdos hasta identificarse con el narrador.

Esta es la única manera para aplazar “el olvido que seremos”, que todo el mundo será y que de hecho ya somos en el momento en que venimos a la luz y al que nadie entre nosotros puede sobrevivir eternamente.

A los quince años de su publicación, *El olvido que seremos* se ha convertido en una película, dirigida por Fernando Trueba, director y guionista español, protagonizada por el actor Javier Cámara, ganadora del premio Goya 2021 como mejor película extranjera en lengua española.

Referencias

- Abad Faciolince, H. (2009). “*Un poema en el bolsillo*”. Recuperado de <https://letraslibres.com/revista-espana/un-poema-en-el-bolsillo/>.
- Abad Faciolince, H. (2017). *El olvido que seremos*. Bogotá: Penguin Random House.
- Ayala Diago, C. A. (1989). *Nueva historia de Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta.
- Betancur Cuartas, B. (1994). *Declaración de amor del modo de ser del antioqueño*. Bogotá: El Navegante Editores.
- Borges, J. L. (1966). *Obra poética, 1923-1966*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Borges, J. L. (1974). *Obras completas 1923-1972*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Capote Truman, A. (1966). *sangre fría. (In En cold blood)*. New York: Random House.



- El Espectador, (21 de abril de 1980). Recuperado de http://www.comitedesolidaridad.com/sites/default/files/informe_amnistia_internacional_violacion_de_los_derechos_humanos_en_colombia_%281980%29-ilovepdf-compressed.pdf.
- El Espectador (15 de febrero de 2012). “*Carlos Castaño asesinó a Héctor Abad Gómez*”. (2012). Recuperado de <https://www.elespectador.com/judicial/carlos-castano-asesino-a-hector-abad-gomez-article-326744/>.
- Gómez Martínez, E. (2006). La guerrilla liberal. Bogotá: *Revista Credencial Historia*, Edición 202.
- Guzmán, G., Umaña Luna, E. y Fals Borda, O. (1962). *La violencia en Colombia.: Estudio de un proceso social*. Bogotá: Tercer Mundo Editor.
- IEPRI, Comisión de estudios sobre violencia, (Gonzalo Sánchez ed.) (1987). *Colombia: violencia y democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colciencias. Recuperado de http://iepri.unal.edu.co/fileadmin/user_upload/iepri_content/publicaciones/IEPRI_Colombia__Violencia_y_Democracia.pdf.
- Informe de Amnistía Internacional (septiembre de 1980). *Violación de los derechos humanos en Colombia*. Recuperado de http://www.comitedesolidaridad.com/sites/default/files/informe_amnistia_internacional_violacion_de_los_derechos_humanos_en_colombia_%281980%29-ilovepdf-compressed.pdf.
- Kafka, K. (1981). *Carta al padre*. Madrid: Edaf.
- Manrique, J. (1984). *Coplas por la muerte de su padre*, al cuidado de Ana Navarro Pascual. Barcelona: Humanitas.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos.
- Pécaut, D. (2012), *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Medellín: Eafit Universidad.
- Sánchez, G. (2006). *Guerras, memoria e historia*. Medellín: La Carreta.
- Sarmiento Anzola, L. (2006). *Retorno al mito*. Recuperado de <https://www.voltairenet.org/article140936.html>.
- Suárez Gómez, J. E. (2011). *La literatura testimonial de las guerras en Colombia: entre la memoria, la cultura, las violencias y la literatura*. Recuperado de http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-48072011000200012#6.
- Tzvetan, T. (2013). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Walsh, R. (1957). *Operación masacre*. Buenos Aires: Editorial Sigla.